

# IMPRESIONES

A Edel Farrés, en su inicio como cronista social

Querido Edel: Válgate estas líneas, no como aquellas otras inmortales que contienen las magníficas admoniciones que Don Quijote dirigiera al futuro gobernador de la ínsula Barataria, sino como luz por donde vengas a conocer la opinión que sobre la crónica social mantiene el Director de este periódico.

Sobre esta materia mucho se ha dicho y poco o nada se ha escrito, amigo Farrés, por lo que creo que es hora ya de que se vea en letra de molde algo de lo que ni se ha escrito ni se ha dicho.

Nuestra crónica, dilecto camarada, ha adquirido proporciones ingentes que causan el asombro y la burlita fuera de aquí. Cuba—me decía en París un hispanoamericano—es la primera productora en el mundo de azúcar... y de adjetivos. Como no le faltaba razón tuve que darle la llamada por respuesta.

De la crónica social puede decirse lo que de los toros, que la fiesta en sí es magnífica; pero el flamenquismo, detestable. La crónica es útil a la sociedad y al periódico, pero la **cronofilia** es una infección que se presenta en las publicaciones y contamina al público, enfermándose unos y otros de ese **picuismo** y de esa vaciedad que se traducen, en muchas gentes, en una falta absoluta de interés por asuntos y sucesos dignos de ocupar con preferencia la atención y de actuar en lo volitivo de los elementos más ponderables de una sociedad.

No sabes tú la sacudida que experimenta mi alma de cubano cada vez que alguien, (¡y es tan frecuente!), mezclando la sinceridad con la cortesía, me dice: —Yo no leo del periódico sino tu artículo y la crónica social.

Señor—me interrogo—para este hombre ¿nada de lo que ocurre en el universo reza con él? Los latidos del mundo y aun los de su país, hoy tan fuertes y acelerados, ¿no encuentran en la imaginación de este sujeto la más mínima resonancia? ¿Será posible que no sienta el menor deseo de conocer cómo discurren entendimientos selectos alre-

sesenta años más tardarían de pesar sobre Alemania —dice Schwarz—paralizan el porvenir». Cree el notable economista alemán que si Francia, animada de generosos sentimientos, comprendiera la situación trágica en que se halla Alemania, podría defender sus propios intereses, y al mismo tiempo los de Europa, tendiendo la mano a su vecina empobrecida y próxima ya a la miseria.

Dice Schwarz que los espíritus imparciales y ponderados reconocen que Alemania, durante un período de tiempo cuya duración no se puede precisar, se habrá de encontrar en estado de insolvencia. En estos tiempos se desploma por tercera vez el inseguro andamiaje de las reparaciones. La primera vez impidió su ruina el plan Dawes; la segunda, el plan Young; y la tercera, trata de impedirlo la moratoria Hoover. «¿Van a reunirse de nuevo los escombros—se pregunta Schwarz— y se creará un nuevo organismo capaz de funcionar durante un período de tiempo determinado; pero que bajo la presión de acontecimientos imprevistos sucumbirá a su vez en nuevo desastre?»

En opinión de Schwarz, el mundo está ya cansado de todas estas construcciones levantadas sobre la arena movediza de una economía mundial en perpetuo evolución. Se ha perdido la fe en las ilusorias capacidades de pago. La aspiración de todos debe ser echar a un lado el pasado doloroso, para reconstruir la nueva economía mundial en una atmósfera sana y libre.

Alemania sólo quiere seguridad y paz, porque sólo una paz definitiva le permitiría restañar sus heridas. Abrir una nueva era en el problema de las reparaciones sería prolongar el mal y estorbar la resolución de la crisis económica universal. La presión que se ejerce sobre Alemania para obtener el pago de las reparaciones que tienen todas las apariencias de tributos) provoca en los jóvenes una exasperación llena de funestas consecuencias, porque los lleva a arrojarse en los partidos extremos. Esta presión que durante tanto tiempo se pretende ejercer sobre un pueblo es uno de los peligros más grandes para la paz de Europa. Si a fin de cuentas los que la sufren no podrán tolerarla, será una torpeza imponérsela.

«Es una necesidad suprema—afirma Schwarz—establecer la paz sobre bases nuevas. El plan Young echó a un lado todo lo que Alemania había hecho ya por la reconstrucción de las regiones arruinadas por la guerra. Lo único que puede medir la magnitud de los esfuerzos reales hechos por Alemania en cuanto a reparaciones sería un examen equitativo de las cantidades entregadas y un nuevo planteamiento de todos los problemas relativos a reparaciones y a deudas de guerra. De una discusión franca saldrá el acuerdo sobre lo que ya se ha hecho y sobre lo que resta por hacer. Ese será el medio de

¿no alcanzaría hoy nuestro pueblo un nivel cultural mucho más alto?

Se dirá que contra los hábitos y los gustos del público no se puede ir o se corre el riesgo de que el periódico no se venda. Pero antes habría que averiguar si son los periódicos los que crean el capricho del público o es el público el que impone sus caprichos al periódico. Yo creo que si bien es cierto que antes de que existiesen los periódicos ya existía el público en general, fué después que surgieron aquéllos cuando se formó el público de periódicos. Por lo que es cómodo ardid ampararse en la conocida explicación de Lope de Vega:

El vulgo es necio, y pues lo paga (es justo

hablarle en necio para darle gusto.

Creo que tu labor en este DIARIO, que prestigió Fontanills entre otros muchos, debe significarse por una despreocupación absoluta de los cánones establecidos, tanto los que afectan a la forma como al fondo.

Tú, que en todas las materias, a excepción de las filosóficas, sueles coincidir conmigo, tengo la seguridad que has de vencer en tu empeño si para imponer tu modo y tu manera pones el coraje que me faltó a mí para imponer los míos.

No te amilanes. Piensa que eso de que el vulgo es necio es la humorada de un inmortal en la que se escudan todos los incapaces de producir algo más que necedades. El público padece de abulia, pero posee una inteligencia que, por lo común, no tienen los que lo juzgan tonto, aunque de él viven.

Tuyo,

J. I. R.

*del. Mayo 26/32*